

Stephan Schmidheiny

HERMOSO LEGADO

Stephan Schmidheiny donó sus empresas radicadas en América Latina al VIVA Trust. ¿Qué quiere lograr el empresario con esta donación?

Por Werner Catrina

Es jueves, 9 de octubre de 2003. El ambiente en el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE) en San José, Costa Rica, es solemne y amistoso. No es ningún milagro: Este mismo día, Stephan Schmidheiny, el multimillonario suizo que ha hecho su fortuna en el primer mundo, está donando a los países del tercer mundo en América Latina un legado de USD 1.000 millones, compuesto por capital accionario e inversiones de cartera. Para realizar este generoso gesto, Schmidheiny ha creado un fideicomiso denominado VIVA, "Visión y Valores". "Después de haber trabajado tres décadas como empresario, esto significa para mi un paso obvio", explica – radiante y relajado.

La donación representa el valor de las acciones de su empresa latinoamericana GrupoNueva que alcanza USD 800 millones, además de USD 200 millones adicionales de un portafolio de inversiones. Esta donación generosa ha recibido halagos de todos los sectores. "Un evento histórico para el continente latinoamericano", comenta el rector del INCAE, Roberto Artavia. En tanto, el presidente del Banco Mundial, James Wolfensohn, hizo hincapié en que no cree que los gobiernos por sí solos puedan resolver los enormes problemas económicos y sociales del futuro, sino que será necesario el esfuerzo conjunto de muchas personas quienes, agrupadas en organizaciones, podrán incluir a los pobres del tercer mundo.

Wolfensohn está convencido que será la sociedad civil –factor global cuya influencia ha crecido desde el fin de la guerra fría– quien marcará las pautas de este nuevo movimiento. La sociedad civil no pertenece a los gobiernos, ni a instituciones estatales o a la economía privada. La sociedad civil está formada por ciudadanos comprometidos, por organizaciones no gubernamentales (ONGs) y personas de diversa índole. La globalización y la Internet dan impulso a estas fuerzas heterogéneas, construyen redes entre interesados y comprometidos, haciendo posible tanto proyectos en pueblos indígenas como manifestaciones masivas en Davos o Cancún. La sociedad civil puede derrumbar muros y derribar gobiernos de forma pacífica, tal como aconteció recientemente en Georgia.

La creciente y colectiva convicción de que los líderes políticos y empresariales no podrán por sí solos ofrecer al mundo globalizado soluciones válidas para resolver los grandes problemas fortalece a la sociedad civil, y pone en evidencia que las empresas multinacionales no deberían prosperar mientras los presupuestos estatales se desmoronan bajo la carga social.

Y es justamente aquí donde interviene Stephan Schmidheiny, paradójicamente para algunos, con el fideicomiso VIVA. El suizo, que describe Costa Rica como su segunda patria, dispone de un patrimonio estimado en alrededor de 5 mil millones de francos suizos, del cual está donando de forma irrevocable a este fideicomiso 1,8 mil millones de francos suizos. Su familia apoya este notable gesto: ninguno de los dos hijos trabaja en los negocios de Schmidheiny y, al igual que su esposa, están de acuerdo con la creación del fideicomiso.

Los comentarios de la prensa latinoamericana respecto a este inusitado acto han sido de perplejidad, entusiasmo y elogio sin excepción. "Filántropo suizo creó fideicomiso de \$ 1.000 millones", fue por ejemplo el título del artículo de la portada de "La Nación", diario más importante de Costa Rica. En Suiza, en cambio, la creación del fideicomiso no generó una gran repercusión periodística.

¿Qué es lo que motiva a este hombre a regalar un tercio de su patrimonio, como si esto no fuera mucho más que una caja menor? Durante la ceremonia en San José, su respuesta fue: "Invertí mi propio capital con todos los riesgos que esto implica, y el éxito me llegó en la forma

de riqueza personal”, dijo durante su discurso. “La riqueza es algo que la mayoría de las personas parece estar tratando de alcanzar, pero la experiencia muestra que puede volverse contra nosotros con una pregunta persistente: ¿Para qué sirve la riqueza? Yo intento usar en vida mi riqueza para el bien común”.

De sus palabras se puede deducir que la razón para esta inusitada donación radica en la biografía personal de Stephan Schmidheiny, hijo de la dinastía industrial más importante de Suiza. Stephan Schmidheiny, nacido el 29 de octubre de 1947, creció con dos hermanos y una hermana en Heerbrugg al este de Suiza ubicado en el cantón St Gallen¹. En 1985 confesó al autor del libro “Informe Eternit” que su juventud no había sido particularmente armoniosa y constató: “Cargaba conmigo muchos problemas, me preocupaban cuestiones sobre el sentido de la existencia. Reflexionaba sobre las amenazas del medio ambiente y la riqueza de la familia. Seguramente era menos niño que otros niños de mi edad”.

El bisabuelo de Stephan, Jacob Schmidheiny, sentó las bases para la tradición industrial de la familia cuando abrió su primera fábrica de ladrillos en Heerbrugg, al este de Suiza; sus hijos invirtieron a su vez en la industria del cemento y, posteriormente, en el cemento de asbesto (Eternit), el material de construcción más moderno de aquellos tiempos. Más tarde, extendieron sus actividades a la industria óptica y eléctrica. El padre de Stephan, Max Schmidheiny, integrante de la tercera generación familiar, ya era dueño de un amplio grupo industrial internacional. En aquella época, los “Schmidheiny”, con tres empresarios activos, era la familia empresaria con más influencia en Suiza. Planificaron la expansión de su imperio de forma estratégica, y como dueños de sus empresas siempre se sentían responsables por el bienestar común. Durante la Segunda Guerra Mundial, el Consejo Federal de Suiza² asignó a Max Schmidheiny al comité encargado de los almacenes nacionales, un servicio a los ciudadanos que ya su padre había prestado durante la Primera Guerra Mundial. De esta forma, se querían aprovechar los contactos internacionales de la familia para el bien del país. Max Schmidheiny era un empresario respetado, algunas veces temido, activo en el mundo entero; odiaba a los nazis pero en negocios puntuales cooperaba con ellos. Max Schmidheiny fue presidente del consejo escolar en su pueblo natal al este de Suiza, actuó en gremios sociales y representó al cantón St Gallen en el Consejo Nacional³ como delegado del Partido Democrático Liberal. Negocios globales, política nacional y compromisos locales cabían perfectamente en este modelo de vida. Entretanto, Adda, madre de Stephan, amante de la música, aseguró la calidez y hospitalidad en el hogar de los Schmidheiny, y se ocupó de participar detrás del telón. En la familia Schmidheiny, los grandes intereses empresariales se combinaban con una vida familiar modesta; y como cualquier otro niño del pueblo, Stephan tuvo que ganarse su dinero para gastos menudos con trabajo personal.

Stephan Schmidheiny explica que sus antecesores le inculcaron también la convicción de que la riqueza exige responsabilidad. En el recientemente publicado folleto “Mi visión, Mi Trayectoria”, Stephan Schmidheiny escribe: “Creo que mucho de lo que soy en la actualidad ya era parte de mi persona durante los primeros años de mi vida, en mi infancia y adolescencia”. Recuerda que si no hubiera nacido en el seno de una familia industrial, le hubiera gustado ser cura, misionario o también escritor. El dominante padre quería que su hijo estudiara ingeniería en el Instituto Federal de Tecnología pero éste se rebeló y estudió leyes.

A pesar de ello, Stephan Schmidheiny continuó siendo un hijo de la familia: A los 22 años participó de un entrenamiento como capataz en una de las fábricas familiares de asbesto en

¹ Cantón (equivalente a un distrito o estado): Los 26 cantones de Suiza forman parte de la estructura de la organización política de Suiza que se basa en tres niveles, Municipio, Cantón y Confederación

² Consejo Federal: Es el órgano ejecutivo nacional del gobierno suizo. El Consejo Federal - que en otros países es equiparable al Gabinete o Consejo de Ministros - consiste de siete miembros.

³ Consejo Nacional: El más alto poder legislativo en Suiza lo ostenta la Asamblea Federal (Parlamento), que está compuesta por dos Cámaras (el Consejo Nacional y el Consejo de los Estados). En el Consejo Nacional, los cantones son representados de acuerdo a la población. En el Consejo de Estados cada cantón tiene dos representantes.

Brasil y, cargando bolsas de asbesto estuvo expuesto a las pérfidas fibras; en los años sesenta nadie en la empresa quería reconocer el peligro de este material. En el año 1975 Stephan Schmidheiny ocupó el lugar de su padre en la gerencia general de Eternit Suiza, para convertirse luego en el dueño del Grupo Eternit.

Stephan siempre será un Schmidheiny. No obstante, ya durante aquellos años buscó su propio camino. El conflicto con su padre se volvió más tenso, cuando Stephan decidió dejar de fabricar productos que contuvieran asbesto, contra la voluntad de su padre y un grupo de gerentes conservadores de la empresa. En la "Asbest Cement Revue" de enero 1975, Stephan Schmidheiny sorprendió al sector de asbesto con un artículo sobre sus valores personales cuyo título era "Marketing y Ética". Escribió sobre las virtudes cardinales de justicia, fortaleza, prudencia y templanza formuladas por Tomás de Aquino, basado en Platón: *"Un principio básico de la ética es que el individuo no puede reducir la búsqueda por la felicidad a su propia persona sino que tiene que considerar también su entorno social"*.

Stephan Schmidheiny ha estado siempre en la búsqueda del sentido intrínseco de las cosas. Durante su juventud, le resultaba difícil encontrar su lugar entre la tradición industrial de su familia y su propio sistema de valores. Esto es probablemente lo que lo ha motivado décadas más tarde a invertir 1.000 millones de dólares en la transformación de la sociedad civil. Hasta llegar a este punto, el heredero luchó con la fuerza de la desesperación contra la sombra de su dominante padre.

En 1976 lanzó el programa "Nuevas Tecnologías" (NT) para buscar lo más rápido posible fibras alternativas para la producción de fibrocemento. Schmidheiny recuerda: "Si me hubiese desentendido de estos problemas, mi vida habría sido un fracaso".

A mediados de los años ochenta, Max Schmidheiny dividió su patrimonio entre sus hijos Thomas, Stephan y Alex (la hermana Marieta fue indemnizada). A Stephan Schmidheiny le fue designada la presidencia del Grupo Eternit, en el cual el programa de "Nuevas Tecnologías" estaba a punto de finalizarse. Además, heredó algunas participaciones y actividades industriales. La salida del asbesto, que provocó la crítica del sector internacional de Eternit, pero que de todos modos fue demasiado lento para algunos críticos, llevó a Stephan Schmidheiny casi a la quiebra. La reorganización resultó muy cara y las ventas colapsaron porque el nuevo material de construcción desconcertaba al mercado.

En 1989 Stephan vendió Eternit S.A. – libre de asbesto - a su hermano Thomas, pero el amenazante material continuó persiguiendo al antiguo heredero de Eternit hasta el día de hoy, ya que la enfermedad se manifiesta luego de pasadas décadas de la exposición al mismo. Stephan Schmidheiny confirma que la salida del asbesto, las consecuentes luchas y enemistades, así como también el éxito, le han marcado profundamente, y son una clave para su compromiso y su interpretación personal de la responsabilidad industrial.

Sin embargo, Stephan Schmidheiny no hizo su fortuna con Eternit. Como accionista mayoritario de la empresa suiza BBC (Brown Boveri & Co) promovió la fusión con la empresa sueca Asea para crear ABB (Asea Brown Boveri)⁴, y vendió sus participaciones a finales de los años noventa con un beneficio de varios cientos de millones de francos suizos. Además, junto con el consultor de empresas Nicolas Hayek, y un grupo pequeño de inversores particulares, supo convertir, mediante la creación del Grupo Swatch, la crisis de la industria relojera suiza en un nuevo éxito. Más tarde, cuando la industria relojera comenzó nuevamente a prosperar, Stephan Schmidheiny vendió sus acciones por un valor muy superior al esperado.

En el entretanto, Stephan Schmidheiny se había convertido en un multimillonario. Como tal, el siguiente paso lógico – conforme a su biografía – fue exponerse como "Consejero Principal para el Comercio y la Industria" en la Cumbre de la Tierra de 1992 en Río de Janeiro. En este contexto, hizo conocer internacionalmente el nuevo término de la eco-eficiencia. Sin embargo, sus amplios intereses económicos dieron lugar a contradicciones, que se sumaron a algunas

⁴ ABB (Asea Brown Boveri), es una empresa suiza-sueca, líder en tecnologías de energía y automatización

“manchas en el cuaderno”, lo cual fue revelado y cuidadosamente investigado por la prensa. El sensible e inconformista empresario comenzó a retirarse, evitando la prensa, y trasladó sus actividades empresariales cada vez más a América Latina. Allí fundó el GrupoNueva, una corporación que hoy emplea más de 15.000 personas, tiene 40 empresas y 30 fábricas en 17 países latinoamericanos. GrupoNueva produce tuberías para agua potable y de desecho, instalaciones sanitarias y materiales de construcción para viviendas; además tiene plantaciones de pino y fabrica productos de madera. El objetivo declarado por el Grupo es el desarrollo sostenible en América Latina.

Stephan Schmidheiny dice que siempre tuvo fascinación por los bosques, y remarca que la expresión de la “sostenibilidad” proviene de la industria forestal. Hace veinte años, invirtió en la región de Concepción, en una empresa familiar con 4.000 hectáreas de bosque cultivado y un pequeño aserradero. En el lugar donde hoy la empresa está plantando árboles, antes había un bosque que fue talado por los campesinos para el uso agrícola. Sin embargo, debido a una explotación desmesurada, en el transcurso de las décadas el suelo dejó de servir para la agricultura.

Los bosques plantados por Terranova, empresa que pertenece al GrupoNueva, alcanzan hoy 260.000 hectáreas. Las plantaciones de Terranova son de pinus radiata, un árbol que crece rápido y que se puede talar después de 25 años. Los troncos, trabajados en su mayoría en empresas del Grupo Nueva, se prestan bien para la construcción, la producción de tableros de fibra de madera y el papel. Schmidheiny también adquirió 90.000 hectáreas de bosque natural que ha sido puesto bajo protección.

Stephan Schmidheiny predica que la eco-eficiencia funciona si el triángulo ecológico-económico-social está en equilibrio; y sus gerentes intentan poner esta visión en práctica. Schmidheiny fue criticado porque una parte del terreno de reforestación y de los bosques naturales, que hoy pertenecen en su totalidad al fideicomiso VIVA, se ubican en territorio de los indígenas mapuches. Hace algunos años, Schmidheiny afirmó: “La mayoría de los inversores solamente piensa en el beneficio a corto plazo. Mientras esto no cambie, los bosques seguirán siendo subvaluados en los mercados financieros. El verdadero valor de los bosques de Terranova no crece en la cuenta de pérdidas y ganancias, crece en el balance.”

GrupoNueva siguió expandiendo el patrimonio de Schmidheiny. Para él invertir una parte de los beneficios generados en la transformación social era lo más natural. Paralelamente a la construcción de un imperio industrial en América Latina, Schmidheiny también creó fundaciones. A mediados de la década del '80, el arzobispo Marcos Mc-Grath de Panamá explicó al empresario suizo (protestante) la situación precaria en la cual se hallaban las pequeñas empresas en su país. Se quejó de que los bancos, en un tiempo de liberalización económica, solamente prestaban dinero a las grandes empresas.

Sentando precedente, el empresario creó la fundación FUNDES con tres millones de dólares de capital inicial; empresarios locales participaron con la misma cantidad de dinero. Y este era el concepto: FUNDES solamente podía ser creada si se recibían también contribuciones locales. FUNDES ayudaba a las pequeñas empresas a conseguir acceso al crédito y les proveía de entrenamiento administrativo básico. “Si no se promueven los pequeños y los micro empresarios, no existe una estructura social sana, que a su vez es la base de prosperidad de las empresas grandes”, dice Schmidheiny.

En 1994, Schmidheiny creó la fundación AVINA, con el objetivo, que suena hasta un poco utópico, de fomentar el desarrollo sostenible y la construcción de una sociedad civil abierta y transparente en América Latina. AVINA se asocia con líderes, personas íntegras que tienen espíritu pionero. En los últimos años, AVINA apoyó la transformación de la sociedad civil en América Latina con una inversión promedio anual de 50 millones de dólares. AVINA es un estímulo, un catalizador y un motor de los cambios en un continente extenso, hogar de 450 millones de personas, que sólo recientemente está superando los efectos de la colonización europea. Muchos de los países que lo integran han sido gobernados hasta hace poco tiempo por dictadores corruptos. En la actualidad, la democracia se ha ido abriendo camino.

Schmidheiny está convencido que “las empresas tienen que estar al servicio de las sociedades, y no al revés”. En su libro “Cambiando el rumbo” –resultado de la cumbre de Río - escribe que la economía desempeñará un papel crucial en la futura salud de este planeta, y manifiesta: “Nuevas formas de cooperación entre gobiernos, empresas y sociedad civil serán necesarias para alcanzar este objetivo”.

El presidente del fideicomiso VIVA es el suizo Peter Fuchs (ver texto abajo “Lo mejor del capitalismo y del marxismo”); como director general del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) estuvo involucrado durante muchos años en conflictos armados luchando con ímpetu para la prevención de conflictos.

Schmidheiny y Fuchs están convencidos que un verdadero desarrollo económico solamente es posible si la sociedad también se beneficia. En diálogo con otros pensadores y líderes han desarrollado el concepto del fideicomiso VIVA, que se presenta como un nuevo puente entre el mundo empresarial y la sociedad civil, fortaleciendo la transformación de la sociedad en su conjunto.

Por primera vez en la historia, la totalidad de un grupo industrial pasa a manos de un fideicomiso que ayudará a la sociedad civil conforme a las directivas del donante y de las personas de su confianza. Con los beneficios generados por el fideicomiso VIVA, se financia la fundación AVINA, que apoya proyectos de diversa índole inmersos en una red creciente conformada por la sociedad civil, en donde los líderes participan como garantes.

Stephan Schmidheiny, que autodefine su estilo de vida como un nómada moderno, afirmó en San José: “Durante muchos años, he preparado cuidadosamente mi sucesión, ahora la he puesto en las mejor manos posibles, y con la creación del fideicomiso VIVA he buscado alcanzar una solución de largo plazo para el Grupo Nueva y la fundación AVINA. La donación de mi grupo industrial es un regalo personal al fideicomiso. Esta donación es sólo un paso más en la ruta que he estado recorriendo por muchos años”.

Su padre Max, fallecido en 1991, seguramente hubiera tenido ciertas reservas frente a esta actitud. Pero parece que el hijo no podía hacerlo de otra forma: Con esta decisión ha encontrado el camino para reconciliarse con su herencia y su familia.

Werner Catrina

Es periodista independiente y escritor de varios libros, entre ellos “El informe Eternit” y “ABB – la visión traicionada” (ambos edición Orell Füssli).

